Bartolomé, la espada del redentor

Emilio Barranco Cazalla

Bartolomé, la espada del redentor

Emilio Barranco Cazalla

avant
editorial
www.avanteditorial.com

Primera edición, octubre de 2021
©Emilio Barranco Cazalla, 2021

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-18844-51-5
IBIC: FV

A todos los esclavos, pasados, presentes o futuros, «sin discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social».

Dios los tenga en su gloria y a los que luchan por ellos con la cruz o con la espada. Confunda Él eternamente a quienes por la fuerza de las armas o de los poderes políticos, económicos o sociales,
mantengan unidos los eslabones de sus cadenas.

Amén.

«El Señor pondrá derribados a tus pies los enemigos que se levantasen contra ti: por un camino vendrán a acometerte, y por siete huirán de tu vista».

Deuteronomio, 28, 7.
Biblia «Vulgata Latina».
(Traducida por el P. José Miguel Petisco, SJ, 1798;
publicada por el Obispo don Félix Torres Amat, 1823).

«Dara .A. a tus enemigos los alevantantes ſobre ti heridos delante de ti: por carrera una ſaldran ati y por ſiete caminos huyran delante ti».

Deuteronomio, 28, 7.
Biblia en Ladino.
(Traducida por los Sefardíes «Yom Tob Atias y Abraham Vfque»).
De su prólogo dirigido al lector en justificación del trabajo de traducción:

«Escrive Tullio (prudentiſsimo Letor) en ſus Officios que ninguna coſa tiene tanta fuerça a movernos como ver alguna manera o eſpecie de provecho: el qual tanto mas ſe deue eſtimar quanto es menos particular: por que el proprio vtil buſcanlo todos y procurar el del comun hazenlo muy pocos.

[…]

Y hallaran tambien una .A. con dos puntos el qual es ſeñal del Santo nombre del Señor Tetragramaton.

Amsterdam, 20 de Iyar de 5371 [3 de mayo de 1611]».

1

El nuevo siglo había traído para casi todo el mundo más intensas esperanzas que cualquier año nuevo corriente. Sin embargo, Mateo Robles no dejaba de pensar que las cosas seguían exactamente igual cada día que pasaba. Mientras arreaba al tiro de mulas de su carreta pensaba: «A mis sesenta años aún sigo siendo aparcero del marqués de La Algaba, el sol sigue saliendo por la Puebla de Cazalla en invierno y por Palma del Río en verano; no soy pobre del todo y no me puedo quejar, pero les tengo que dar la razón a los que dicen que si a los cuarenta no eres rico, ¡arre borrico! Aun así tengo que agradecer a Dios, o a Belcebú, que no me hayan enviado mal alguno; el uno por pecador, el otro porque le plazca».

Eso sí, Lucía había venido con un pan debajo del brazo, como suele decirse. Su renta la sustentaba con creces y ayudaba a la economía familiar en los momentos difíciles. Dio gracias al cielo porque se dieron las condiciones ideales a lo largo del año para obtener una buena cosecha de manzanillas. De modo que en las calendas de septiembre del año 1600 de Nuestro Señor, dio comienzo el verdeo para recoger las aceitunas de aderezo que aquella temporada parecían haber sido calibradas por el mismísimo Dios. Se recolectaban a mano, una a una, con más trabajo, si cabe, que en la vendimia de la uva. Cuando terminó el verdeo Mateo se sintió satisfecho: haría buen negocio. No en vano

Sevilla se había convertido en la Puerta de Indias y las producciones se vendían completas, fueran para el Viejo o para el Nuevo Mundo. Los dos primeros grandes carromatos llenos de seras rebosantes de aceitunas manzanilla se pusieron en marcha en busca de El Dorado sevillano. Se dirigieron al oeste para cruzar a Santiponce y, dejando a su derecha las ruinas de Sevilla la Vieja, bajaron hasta Camas, desde donde buscaron la entrada a la capital hispalense por el arrabal de Triana. Pasando delante del castillo del mismo nombre, fuerte de la Inquisición, Mateo no podía reprimir la acción de santiguarse tres veces.

Tras cruzar el puente se entraba en un universo bullicioso y comercial que era la joya de la corona: gentes que iban y venían, barcos de todos los portes, carros con mercaderías que trasegaban entre la ciudad y los navíos, alguaciles, almojarifes, porteadores y un largo sinfín de gentes que se movían al igual que las hormigas cerca de su hoyo.

Tras pagar el almojarifazgo se dirigieron al mercado de la Feria, donde por fin pusieron tasa a la cosecha. Mateo guardó a buen recaudo lo ganado: doce años le costó devolver a un usurero el préstamo que le hizo para hacer frente a la pérdida que tuvo tras el robo de la venta de una cosecha. Se hizo fabricar por el herrero de La Algaba una caja de metal que se colgaba en bandolera con una cadenilla. Ambas estaban forradas de piel, trabajo primoroso que le hizo el talabartero.

El invento lo libró en más de una ocasión de tropezar en la misma piedra.

Despidió a los braceros y se quedó con una mula, mientras estos regresaron al cortijo para dejar los carros y los tiros de animales estabulados. En el mismo mercado buscó una muñequita para su nieta y algunos abalorios para las restantes mujeres de la casa. Pasó la noche en una posada de Triana y a la mañana siguiente emprendió el viaje de vuelta a la hacienda «Los Hortales».

La casa estaba situada en el centro del olivar. Era un solo bloque con plantas baja y superior. Tenía tres partes diferenciadas: en el centro, la vivienda de Mateo; a la derecha, la de su hija María, casada con

Antonio, y a la izquierda, la cuadra abajo y el almacén-secadero arriba. Las viviendas tenían las alcobas arriba; salones, hogares y cuartos de usos varios, abajo.

Un muro construido desde los laterales del edificio cerraba, por delante, un compás bastante amplio cuyo rectángulo daba cabida a un cobertizo lateral para carros y aperos, un abrevadero, un horno de leña y un pozo, cuyo arco para la roldana daba soporte a una frondosa hiedra; estaba rodeado de macetas con claveles, geranios, lavandas y begonias. Tres encinas, cuya sombra era una delicia en verano, cobijaban una gran mesa de piedra donde hacían la vida casi al completo durante la canícula.

***

Para no perder la costumbre, Mateo usaba de un sigilo escrupuloso cuando regresaba. La intención, a veces no conseguida, era dar la sorpresa a la familia, no sin antes pasar primero por la casa de María para pagar a Antonio su estipendio. Luego, a hurtadillas, se quedaba agazapado ante la puerta, siempre entreabierta, de su casa, a la espera del momento oportuno para darles el sobresalto.

—Lucía —ordenaba la abuela Asunción—, coge de la alacena cuatro onzas y media de levadura, media libra de sal y media octava de aceite. Justina, trae del almacén veintiocho libras de harina de centeno… la semana pasada fue de trigo… la última libra la descargas un poco, luego trae media cántara de agua; yo voy por el lebrillo mediano.

—Es poca cantidad, ¿no? —preguntó Justina.

—No. Está bien. Ya se han ido los braceros. Solo quedamos seis a la mesa. Con cuarenta y dos hogazas de algo más de una libra hay suficiente para la semana.

—*Mamasunta* —que es como llamaba Justina a Asunción—, nunca aprenderé las medidas para la masa del pan y proveer lo necesario para la semanaria.

—Paciencia Justina. Todo se andará, que más sabe el diablo por viejo que por diablo. El tiempo y la práctica te darán la sabiduría.

Nunca se supo cuándo ni cómo llegó Justina al mundo. Aparentaba contar entre dieciocho y veintiún años, pero no se sabía a ciencia cierta. Un día llegó a la puerta del cortijo siendo una niña de incipientes tetillas, mugrienta, harapienta, hambrienta, magullada, comida de piojos y llorando como una Magdalena. Cuando Asunción la vio corrió hacia ella: «¿Quién eres? ¿Dónde vives? ¿Cómo te llamas? ¿Quiénes son tus padres?». La niña, entre suspiros y lloros, solo alcanzó a decir «no sé». A Asunción se le partió el alma. Le dijo: «Ven, te daré algo de comer». Puso una hogaza de pan sobre la mesa junto a un jarrillo con leche. La niña dejó de llorar y, mientras engullía con avidez el pan, no se percataba —al menos eso parecía— de que Asunción la había desnudado y la ayudaba a sentarse en una tina que había preparado con agua templada.

Alternando degluciones con friegas, terminaron, casi a un tiempo, cada cual con su trabajo: la una yantar, la otra lavar. Más relajada y vestida con un camisoncito, se dejó cortar el pelo, que fue a parar al fuego, junto a los harapos que traía. Asunción le había extendido ungüento en las magulladuras y, luego, se empleaba a fondo con liendres y piojos. Por fin, mientras le cortaba las uñas de pies y manos al tiempo que tarareaba una toná, en su mayoría *a bocca chiusa*, la oyó pronunciar su nombre: «Jus… Jus… Justina». Al tiempo de cada cosecha, siembra, poda, etc., Mateo llevaba a la justicia razón de aquella niña, por si en el trasiego de labriegos alguien se interesaba por el paradero de Justina.

Pasaron los años y la pupila mudó en hija, o al menos así fue tratada por Asunción y Mateo. La pequeña volvió a nacer y, si algún recuerdo tuvo de su vida anterior, bien procuró enterrarlo en lo más hondo de su alma, que ni en sueños lo recuperaba. De las enseñanzas recibidas para su acristianamiento, una hubo que destacaba por encima de las demás: la Madre de Cristo fue asunta al cielo, en cuerpo y alma, al final de sus días. Tan fuerte era el sentimiento filial que Justina tenía hacia Asunción, que cambiaba su nombre por el de Asunta y le anteponía el

«*mama*», con lo cual dejaba claras la condición y categoría de su benefactora: *Mamasunta*.

***

Cuando Mateo se percató de que Justina iba a salir para acarrear agua desde el pozo, corrió de puntillas hasta la cuadra y de allí pasó al salón, por la puerta que los comunicaba, para continuar la espera.

—Muy bien. Preparaos para amasar. Cuando terminemos, mientras la masa sube, yo iré a encender el horno y vosotras echáis el grano a las gallinas. Luego prepararemos las pellas para las hogazas —Asunción daba las últimas órdenes antes de empezar a trabajar con la harina.

Justo cuando iban a verter el agua sobre el centeno, Mateo asomó la muñeca por la rendija de la puerta del cuarto anejo, imitando una vocecita infantil. Las tres se volvieron enseguida y Lucía, como un rayo, voló hasta donde estaba el abuelo para colgarse de su cuello y darle una sarta de besos en cada mejilla. Se soltó para coger su muñeca y jugar con ella mientras Asunción y Justina recibían también los abalorios y prendas que les había traído. Era una auténtica fiesta la que se organizaba cada vez que el abuelo regresaba de la venta de la cosecha.

Como un equipo bien entrenado las mujeres se emplearon en la fabricación del pan, mientras Mateo daba el grano a las gallinas y preparaba el horno para la cocción de las hogazas. El resto de la tarde lo invirtió en hacer las cuentas para registrarlas en el libro de asientos. Tenía dos días para presentarlas al administrador de los bienes del marqués.

Aquella tarde cenaron poca cosa: el cansancio los vencía y pronto se irían a dormir. El primero en hacerlo fue Mateo; pero las mujeres, siguiendo una especie de ritual no pactado ni escrito, se quedaron platicando un rato antes de retirarse a descansar. Justina remendaba varias prendas y Asunción hacía dobladillos en algunos paños. Lucía se entretenía con la muñeca. A pesar de la actividad manual de cada una de ellas, mantenían la conversación sin perder ninguna hebra. En

ocasiones Mateo las observaba y les decía: «¿Cómo podéis estar atentas a la cháchara y no perder puntada en lo que estáis haciendo?». Asunción, siempre presta, respondía sin ambages: «Es que cada una vale por dos; tendrías que vernos haciendo el bruto como los hombres: te darías cuenta de que valemos por tres», y al tiempo que lo decía, cosía y taconeaba con buen ritmo un repiqueteo acompasado.

Asunción se restregó ampliamente los ojos: ya mostraba evidentes signos de somnolencia. Terminó el paño sobre el que trabajaba y empezó a recoger sus útiles de costura. Lucía, que seguía peinando a la muñeca, como hacían con ella, preguntó: «Abuela, ¿cómo eran mis padres? Cuénteme algo de mi madre». La mujer recibió una sacudida como si un rayo la hubiera atravesado, espabilándose de inmediato. Hasta aquel momento solo había dado alguna pincelada breve, concisa y un tanto disimulada. Pero la pequeña ya daba signos de tener buenas entendederas y, en justicia, merecía conocer la historia de sus padres y las circunstancias que los llevaron a desaparecer.

Mientras Asunción tenía la mirada perdida y movía muy despacio la cabeza de forma afirmativa pensando: «Le va a doler, pero es peor ocultar y mentir; eso no me dejaría en buen lugar y tampoco es un buen ejemplo para la niña», Justina también hacía mutis. Pensaba: «La pobre niña no conoció a sus padres y yo tuve que huir de los míos. ¡Qué injusta es la vida! Aunque no hay mal que por bien no venga… Si no me hubiese escapado, ahora estaría muerta o tirada por ahí… con un padre borracho y pendenciero que me sobaba cada día y una madre tarasca que me trataba como a una esclava y me apaleaba un día sí y otro también».

Justina, a la que no correspondía tal nombre —era un acrónimo de «Justa» y «Rufina», dado como producto de un embrollo mental—, había llegado al paraíso de aquel hogar procedente del mismísimo infierno. Nunca la echaron de menos, salvo por el trabajo que hacía, y tampoco la buscaron. Su padre murió en una reyerta a los pocos meses. Su madre ejercía, por las callejuelas enrevesadas de Sevilla, la profesión

más antigua del mundo. Acabaría ahogada en el Guadalquivir, arrastrada por la corriente, sin que se supiera más de ella.

—Hija —dijo Asunción con los ojos lacrimosos—, no sé si estarás preparada para lo que te voy a contar. Es posible que no entiendas algunas cosas. Deberás preguntar entonces para que te las explique bien…, de alguna manera más sencilla. Estás en edad de aprender y mi obligación es enseñarte todo lo que sé, de la misma manera que lo hice con la tía María, con tu madre y con Justina, a la que le cuesta aprender algunas cosas como preparar el pan —Justina arqueó las cejas—. No te apures, *Tina*, que yo a tu edad tampoco lo había aprendido. De manera que, desde mañana sin falta te contaré, Lucía, lo que quieras saber.

Asunción guardó su cesta de costura y subió al dormitorio. Se metió en el lecho y puso sus pies helados junto a los de Mateo, que dejó de roncar inmediatamente. No había llegado al *fiat voluntas tua*… cuando ya estaba dando ronquidos como los de su esposo.

2

Lucía se despertó muy temprano a la mañana siguiente. No hizo falta tirar de su colcha para que se fuera espabilando. Como se suele decir, la despertaron las ánimas. Estaba deseosa de que Asunción le contase cosas de sus padres. Bajó al salón y allí estaba su abuela preparando una escudilla con leche templada. Justina terminaba su pan migado y la niña bostezó, se estiró y al final dio los buenos días. Con los ojos aún pegados de legañas empezó su ritual de desayuno migando el pan, tal como lo hacía Justina. Al tiempo que cogía la cuchara para tomar la primera sopa dijo: «Abuela…».

—Ya sé, ya sé —dijo Asunción—. Quieres que siga donde lo dejamos anoche.

—Sí, abuela, cuénteme cosas de mis padres.

—Muy bien. Vamos a ver… Empezaremos por tu madre. Ya sabes que se llamaba Trinidad.

—Sí, abuela.

—Era muy bonita y todo lo que tenía de guapa lo tenía también de revoltosa y de traviesa. No era como la tía María que andaba jugueteando con sus cosas. Tu madre siempre tenía la sesera en movimiento…; continuamente inventaba algo. Cuando no perseguía a las gallinas con la carretilla del estiércol, las lanzaba a la alberca de atrás para que aprendiesen a nadar como los patos. Con los pollitos empleaba otra

industria: ataba un hilo a un pedazo de pan. Cuando iban a picotearlo tiraba del hilo y los dejaba pasmados, luego corría un poco y los llevaba a los pobres en pos del mendrugo sin que llegasen a alcanzarlo del todo. Eso sí, con las cluecas era totalmente distinta: no solo se dejaban coger y acariciar…, les daba el grano con su propia mano de donde ellas lo comían sin espantarse. Luego las dejaba en su nido para que siguieran empollando los huevos. Un día se cayó de una de las encinas y se hizo no sé cuántas raspaduras en codos y rodillas. No se inmutó ni derramó una lágrima. Accidentes tuvo tal cantidad que tan siquiera puedo saber cuántos fueron. Un día la sorprendí en el brocal del pozo con las piernas hacia dentro y cogida a la cuerda de la roldana. Llegué hasta ella y menos mal que la pude sujetar por el pelo, porque ya se empezaba a deslizar al interior. Decía que quería ver si estaba muy hondo. Pero hija, se le perdonaba todo por lo zalamera que era. Si le dabas un sopapo se te abrazaba enseguida… Yo creo que era para que no la alcanzase el segundo y, como empezaba a darte besos, abrazada con fuerza, ya no podías castigarla. Eso sí, esa misma energía y buena disposición las tenía para el trabajo. No paraba hasta que terminaba su encomienda.

»Cuando fue un poco más mayorcita…, con doce o trece años, ya empezaba a fijarse en los mozos que venían a las labores del olivar. Tenía facilidad para hablar con ellos. Luego nos comentaba cuáles eran guapos y cuáles no; quiénes eran listos y quiénes no lo parecían. Las travesuras habían desaparecido. Se empleaba más y mejor en las labores de la casa. Los animales ya no eran para jugar, sino para subsistir. Vamos, se estaba convirtiendo por ella misma en muchachita, si no casadera, al menos sí emprendedora. Pasado un tiempo conoció al que sería tu padre. Ella acababa de cumplir dieciséis años. Era una mujercita, aunque aún muy joven. Pasaba con él mucho tiempo, yo diría que solo lo dejaba tranquilo para dormir. Era Isidoro. Un poco mayor que tu madre; creo que tendría veinte o veintidós. No lo sabíamos. Era huérfano y venía de El Madroño, una aldea que está por donde Cristo dio las tres voces, más allá del Castillo de las Guardas y cerca de Zalamea la Real. Se dedicaba

a labores de pastoreo hasta que un día decidió acompañar a los que bajaban a las distintas campañas de las aceitunas. Era buena persona y también muy trabajador. Para mí que tenía un defecto y es que era muy soñador. Siempre andaba pensando en el futuro y eso no le ayudaba a poner los pies en la tierra. El abuelo y yo pensábamos que si disponía de un trabajo fijo con nosotros y se quedaba en casa de la tía María, donde había sitio bastante, podía seguir los pasos del tío Antonio y formar familia con nosotros. De manera que no pusimos impedimentos cuando pidió la puerta ni en las amonestaciones, aunque les aconsejábamos con mucha insistencia que esperasen una o dos temporadas para celebrar los esponsales.

»Se casaron a finales del 88. Lo recuerdo bien porque era el año que la Armada fue contra el inglés, y al mes, o algo así, tuvieron que volver sin éxito a causa de los temporales. Tus padres se quedaron, como preveíamos en la casa de los tíos. Pero no sé si ya lo tenían pensado o fuese que lo hubieran sabido por los mozos compañeros de la cosecha, el caso es que de la noche a la mañana decidieron que su futuro estaba trabajando en la caña de azúcar de Almuñécar. Decían: «La marcha de los moros en estos últimos años ha dejado tierras libres que necesitan ser trabajadas. Se han hecho muchos repartimientos y es el momento de ir allí para hacer fortuna». Esto nos costó un buen disgusto porque significaba acrecer una distancia que termina por aflojar o deshacer los lazos familiares.

»El caso es que se fueron. Les dimos nuestras bendiciones y una humilde dote para que pudieran socorrerse durante los primeros meses en su nuevo destino. Pero no los acompañó la suerte y te lo explico. Habrás oído, si no yo te lo digo, que los moros estuvieron en España durante siete siglos. Esto terminó cuando fueron expulsados por los tatarabuelos del rey hace un siglo. Algunos se quedaron y, para que no los echaran, se convirtieron al cristianismo. Pero otros solo lo hicieron para engañarnos. Seguían siendo musulmanes a escondidas y han estado ayudando a los piratas moros de la Berbería, que está más allá del

mar, a llegar con sus barcos hasta las costas españolas para robar todo lo que pillan y cautivar cristianos que luego venden como esclavos en los reinos moros».

—Pero abuela, ¿cómo pueden llegar? ¿No tenemos barcos para prenderlos?

—Sí, bien mío, pero el mar es muy grande. Es muy difícil verlos, cuanto más encontrarlos… Pues eso. Ayudados por los moriscos de la costa de Almuñécar, llegaron algunos barcos piratas, capturaron a hombres y mujeres, cogieron todo lo que pudieron de alimentos, dineros, tejidos, industrias… en fin, todo lo que les cabía en las manos y se volvieron a la Berbería. Se llevaron a tus padres y a ti también, porque ya ibas en el vientre de tu madre. Cuando iban a mitad de camino, tu padre, que fue un valiente, se enfrentó a los piratas, ayudado por algunos cautivos. Les habían arrebatado las armas en un descuido, pero no eran luchadores: eran gentes sencillas y humildes que solo sabían ganarse el pan con su trabajo. Fueron vencidos, asesinados y arrojados al mar. Tu madre, junto al resto de los prisioneros, fue vendida en el mercado de esclavos de Tremecén. La compró un rico moro para su serrallo, como esclava de sus concubinas. Mientras ibas creciendo te cuidaban entre todas las esclavas cristianas, que se ayudaban entre sí.

»Al poco tiempo unos mozos, llegados para el verdeo desde la costa de Granada, nos contaron lo ocurrido y supimos, por las señas que nos dieron, que tus padres estaban entre los cautivos capturados en aquella correría. Nos volvimos locos. ¿Qué podíamos hacer? No teníamos dineros para rescates ni posibilidad de ir a buscarlos. ¿Qué hacíamos? Solo se nos ocurrió hablarlo con todos los que conocíamos: braceros, buhoneros, comerciantes, justicias, alguaciles… Entonces un comerciante nos dijo que había en Sevilla un recaudador de la Armada que tiempo atrás había sufrido cautiverio y que fue rescatado. «Vayan ustedes. Con eso no se pierde nada, pero por contra, es posible que les dé alguna opinión, o que les cuente qué posibles hay para su redención. Vayan a la posada de Tomás Gutiérrez y pregunten allí por don

Miguel; eso está en la calle Bayona, junto a la catedral». Así que, con el alma prendida de alfileres, preparamos el carro pequeño y allá que nos fuimos a Sevilla».